

¿Qué ignorados imperios? ¿Qué encantada doncella?
¿Qué blasón imposible colgado de una estrella
ha de lograr ahora su indómita osadía?

Vos lo trováis, Señora. Vivo, resplandeciente
vos tenéis el enigma desvelado en la frente
amasada de nardos y de canela en flor;
vos, que cruzáis la sangre de nobles ascendencias
y signáis dos estirpes en las mismas creencias
con la sal, con el agua, con el nombre de Amor.

Esta es la bella empresa que nos mueve, Señora.
Paladines del mundo, en la difícil hora
en que el odio desata la ira y la ambición,
salimos al torneo sin acero en la lanza,
descalzada la espuela y, abierto a la esperanza,
para el amor tendido el limpio corazón.

No queremos ir solos a esta noble campaña.
Queremos la valiosa y entrañable compañía
de los que con nosotros enrazan hermandad.

Y, para que gobiernes estos bellos destinos
y para que señales y enciendas sus caminos
te coronamos Reina de la Ancha Hispanidad.

Mi Señora, la Reina de estas Fiestas Hispanas:
¡Dios guarde tu reinado! Mis Señoras las Damas,
que adornáis los estrados de esta Corte de Amor
con las cándidas gracias de vuestra lozanía:
Con mis humildes armas os rindo pleitesía.
A vuestros pies, Señoras, mis versos y una flor.



RECUERDOS

Campo y Extremadura

Por MIGUEL MUÑOZ DE SAN PEDRO
Conde de Canilleros

EN 1920 se publicó la novela *La sangre de la raza*, que fue para la crítica y el público la revelación del talento literario de su autor, don Antonio Reyes Huertas. Este nombre, que desde unos años antes venía sonando en el campo de las actividades literarias, tuvo desde entonces un puesto de destaque en el ámbito nacional, y el primer puesto como novelista dentro de Extremadura.

La sangre de la raza es una hermosísima novela extremeña, escrita por un extremeño enamorado de su tierra natal. En la lectura de sus bellas páginas, nació mi admiración por Reyes Huertas.

Conocí al novelista más tarde, en 1928, cuando vino a residir en Cáceres, para hacerse cargo de la dirección del diario *Extremadura*.

Era un hombre sencillo y bueno; indolente en apariencia y apasionado en el fondo, como auténtico extremeño. Fuimos amigos, ya para toda la vida, y convivimos durante los varios años de su permanencia en dicha ciudad.

En mi afán de recoger datos que puedan tener algún interés histórico, un día, estando solos los dos en la redacción de *Extremadura*, le dije:

—Quiero que me dé usted, don Antonio, una nota biográfica suya. Escribámela en un rato perdido.

—Mi persona no tiene interés —replicó—; pero si quiere saber algo de ella, se lo digo de palabra y usted lo apunta. Ya me conoce: si espera a que se lo dé por escrito, no lo tendrá nunca.

—Pues ahora hay ocasión —dije, convencido de que, con su característica pereza, era inútil esperar a que él lo escribiese—. Cuénteme algo y tomaré nota.

Cogí papel y lápiz. Don Antonio dijo:

—Poco voy a contarle. Nací el 7 de Noviembre de 1887, en Extremadura, en Campanario, que es uno de los más representativos rin-

cones de la riqueza campesina de la provincia de Badajoz. La ideología carlista de mis padres me deparaba un hogar de profunda raigambre católica; el vivir afanoso de un pueblo de labriegos y pastores, orientó mi espíritu hacia el amor del paisaje circundante, paisaje de tierras fecundas, salpicadas de encinas, trigales, viñedos y olivos. Estudié Humanidades en Badajoz y Derecho en la Universidad Central. A los doce años escribí, como es de rigor, los primeros versos; a los diecisiete, edité mi primer libro, *Ratos de ocio*, pequeño volumen de poesías.

—Perdone que le interrumpa —dije—. Sus primeros trabajos ¿eran ya de ambiente campesino extremeño?

—Siempre el campo y siempre Extremadura —afirmó—. Yo no sé escribir más que de eso.

—Olvida usted sus actividades como periodista —objeté—.

—No las olvido —contestó—. En esas actividades también hay mucho campo y mucha Extremadura, aunque mi más concreta actuación periodística la centré desde los dieciocho años en la defensa de los principios tradicionales, como fervoroso católico. Lo uno complementa a lo otro: sin Dios, no puede haber campo ni Extremadura.

—Tiene usted razón —asentí—.

—¿Sabe que, sin darnos cuenta, me está haciendo una entrevista? —observó—. Menos mal que como éste no es el género de usted, no la publicará nunca.

—¿Quién sabe? —dije—.

—Por lo menos —agregó—, mientras yo viva.

Efectivamente: ni quería hacer una entrevista, ni pensaba publicar la nunca. Temeroso de que alguien viniese a cortar nuestra soledad, volví a centrar el tema:

—Dígame algo más de usted y de sus libros.

—Si no tengo nada que decirle —comentó—. Yo no soy más que un enamorado de nuestra tierra, que escribe mucho. Creo que mi modesta persona y labor se pueden compendiar, como en un lema, con esos conceptos que hemos repetido en nuestra charla: campo y Extremadura. Si ahora se ganasen armas heráldicas, yo colocaría ese monte en mi escudo.

Unos golpecitos en la puerta, nos anunciaron la llegada de un inoportuno. Fue imposible continuar las anotaciones. Luego no hubo nueva ocasión para seguir. Se echaron encima los años agitados de la República. Reyes Huertas se fue definitivamente de Cáceres... ¡La entrevista quedó truncada, como una sinfonía incompleta!

Años después, encontré un día las notas tomadas entonces. Era

en los momentos finales del ilustre novelista, que, muy enfermo, residía en su finca «Campo de Ortiga», próxima a Campanario. Varias cartas suyas me habían traído noticias de él en los últimos años. Cuando encontré las notas, acababan de concederle la Orden de Alfonso X el Sabio y se le tributó un homenaje. Poco después, el 11 de Agosto de 1952, moría en su amada tierra extremeña.

Completé mis viejas notas, agregando esto: Obtuvo primeros premios en Argentina y España con sus novelas *La Colorida* y *Lo que la arena gravó*. Dirigió en Cáceres el diario *Extremadura*, actuando como fundador, director o colaborador en varios periódicos y revistas. Ha publicado trece novelas y más de dos mil trabajos, entre cuentos y estampas campesinas.

Después de acabar la anotación, como título, en cabeza de mis cuartillas, puse estas palabras: Campo y Extremadura.

